

Gustav Meyrink

El Golem

Traducción de Rafael Lupiani

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *Der Golem*
Traducción de Rafael Lupiani

Diseño de cubierta: Elsa Suárez Girard
Imagen: © Getty Images

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la edición, traducción: Rafael Lupiani
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2007, 2016
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-9104-231-0
Depósito legal: M. 32.509-2015
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Sueño

La luz de la luna cae a los pies de mi cama y permanece ahí como una gran piedra clara y lisa.

Cuando la luna llena comienza a reducirse y su lado derecho a declinar –como un rostro que se acerca a la vejez, mostrando primero arrugas en una mejilla y demacrándose después–, a esa hora de la noche se apodera de mí una inquietud sombría y angustiosa.

No estoy dormido ni despierto, y en ese duermevela se mezclan en mi alma las cosas que he vivido, leído y oído, como torrentes de distinto color y transparencia que confluyeran.

Había estado leyendo la vida del Buda Gotama antes de acostarme y de nuevo retornaban a mi mente, de mil formas, desde el principio y una y otra vez, estas frases:

«Una corneja voló hacia una piedra que parecía un trozo de sebo y pensó: Tal vez se trate de un buen bocado. Pero como no la encontró nada apetitosa, se alejó. Así abandonamos nosotros –nosotros, los aprendices– al asceta Gotama, como la corneja que se acercó a la piedra, porque hemos perdido el gusto por él».

Y la imagen de la piedra semejante a un trozo de sebo crece atrozmente en mi cerebro:

Camino por el lecho seco de un río y recojo guijarros lisos.

De color gris azulado, cubiertos de polvo brillante, sobre los que medito y reflexiono y, con los que, sin em-

bargo, no sé qué hacer –otros negros con vetas amarillas de azufre, como los petrificados intentos de un niño por reproducir unas salamandras toscas y salpicadas de motas.

Y deseo arrojarlos lejos de mí, y caen sin embargo de mi mano y no puedo apartarlos de mi vista.

Todas aquellas piedras que han representado un papel en mi vida emergen a mi alrededor.

Algunas se afanan torpemente por alzarse desde la arena a la luz –como cangrejos ermitaños de color pizarra cuando se retira la marea–, como si todo lo arriesgaran por atraer hacia ellas mi mirada para decirme cosas de importancia infinita.

Otras, agotadas, caen de nuevo sin fuerzas en sus agujeros y renuncian a pronunciar palabra.

De cuando en cuando salgo de la penumbra de estos ensueños y veo de nuevo, por un momento, la luz de la luna, la colcha abombada a los pies de la cama, como una piedra grande, lisa y clara, para sondear a tientas mi vacilante consciencia, buscando sin descanso esa piedra que me atormenta –que debe estar escondida en algún sitio, oculta entre los escombros de mi memoria y que parece un trozo de sebo.

Me figuro que un canalón hubo de desaguarla cierta vez sobre la tierra –desviándose en ángulo obtuso, roídos los bordes por la herrumbre– y sin embargo quiero arrancar de mi espíritu esta imagen para engañar y arrullar mis sobresaltados pensamientos. No lo consigo.

En mi interior, una voz obstinada afirma una y otra vez con necia persistencia –incansable como una contraventana que el viento hiciera golpear rítmicamente contra la pared–: es algo completamente distinto; no es la piedra que parece un trozo de sebo.

Y no es posible librarse de la voz.

Cuando por centésima vez arguyo que todo esto es, sin embargo, secundario, calla por un momento, pero despierta imperceptiblemente otra vez y comienza, tenaz, de nuevo: bien, bien, de acuerdo, pero no se trata de la piedra que parece un trozo de sebo.

Lentamente comienza a dominarme una insoportable sensación de desamparo.

No sé qué ha ocurrido después. ¿He renunciado libremente a toda oposición o me han domesticado y amordazado mis pensamientos?

Sólo sé que mi cuerpo yace dormido sobre la cama y mis sentidos se han independizado y ya no están unidos a él.

Querría preguntar repentinamente quién es ahora «Yo»; recuerdo entonces que no poseo ya órgano alguno con el que plantear preguntas; temo que esa boba voz despierte de nuevo y comience desde el principio el interminable interrogatorio sobre la piedra y el sebo.

Y así me alejo.

Día

De repente me hallaba en un patio polvoriento y vi a través de un arco de color rojo –al otro lado de la calle, sucia y estrecha– un chamarilero judío apoyado en una bóveda de cuyas paredes colgaban viejos cachivaches de hierro, herramientas rotas, estribos y esquíes oxidados y multitud de despojos diversos.

Y esta imagen llevaba en sí la atormentadora monotonía que caracteriza a todas las impresiones que a diario, de una forma u otra, cruzan, como los buhoneros y con tanta frecuencia como ellos, el umbral de nuestra percepción, sin despertar en mí ni curiosidad ni asombro.

Supe que hacía tiempo que me sentía como en casa en esta vecindad.

Tampoco esta sensación me produjo una honda impresión, a pesar de su contraste con todo lo que recientemente percibiera y con el modo de llegar aquí.

Al subir los gastados escalones hacia mi habitación, pensando distraídamente en el seboso aspecto de las losas, me sobrevino de improviso la idea de que alguna vez debo haber oído o leído algo sobre una singular comparación entre una piedra y un trozo de sebo.

Oí entonces pasos que subían delante de mí por la escalera y al llegar a mi puerta vi que se trataba de Rosina, la hija pelirroja, de catorce años, de Aaron Wassertrum, el chamarilero.

Tuve que pasar muy cerca de ella, apoyada de espaldas en el pasamanos, y ella se inclinó divertida hacia atrás.

Había puesto sus manos sucias sobre la barra de hierro, para apoyarse, y vi cómo brillaban sus desnudos antebrazos pálidamente en la penumbra. Evité su mirada.

Me repugnaba su risa impertinente y ese céreo rostro de caballo de cartón.

Sentía que su carne debía ser blanca y esponjosa como la del ajolote que había visto en la jaula de salamandras en la pajarería.

Las pestañas de los pelirrojos son para mí tan desagradables como las de los caniches.

Abrí la puerta y la cerré rápidamente tras de mí.

Desde mi ventana podía ver a Aaron Wassertrum, el chamarilero, delante de su cueva.

Apoyado en la puerta de su oscura bóveda, se recortaba las uñas con unas tenacillas.

Rosina la pelirroja ¿era su hija o su sobrina? No tenían ningún parecido.

Puedo distinguir con nitidez, entre los rostros judíos que veo aparecer a diario en la calle Hahnpass, diferentes estirpes que los estrechos parentescos entre individuos borran tan difícilmente como se mezcla el aceite con el agua. Nunca se puede decir: aquéllos son hermanos, o padre e hijo.

Éste pertenece a tal estirpe o aquél a aquella otra, eso es todo lo que puede leerse en sus rasgos.

¿Qué probaría que Rosina se pareciera al chamarilero?

Estas estirpes abrigan una aversión y aborrecimiento mutuos que quiebran incluso las barreras del estrecho parentesco de sangre –aunque todos coincidan en man-

tenerlo oculto ante el mundo exterior como se guarda un secreto peligroso.

Ni uno solo lo deja entrever, semejando, en esta coincidencia, a ciegos llenos de odios que se aferran a una cuerda infecta: uno con ambas manos, otro, de mala gana, sólo con un dedo, todos, sin embargo, poseídos de un temor supersticioso a caer en cuanto abandonen el soporte común y se separen de los demás.

Rosina es de esa estirpe cuyo tipo pelirrojo es más repulsivo que el de los demás, en la que los varones son estrechos de pecho y tienen un largo cuello de gallina con una nuez prominente.

Todo en estos hombres tiene un aspecto pecoso, padecen toda su vida ardientes tormentos y luchan en secreto contra sus deseos en una batalla ininterrumpida e infructuosa bajo la tortura de una angustia perpetua y repugnante por su propia salud.

No tenía claro cómo podían establecerse relaciones de parentesco entre Rosina y el chamarilero Wassertrum.

Nunca la he visto cerca del viejo, ni siquiera he observado que se hayan llamado alguna vez.

Ella, incluso, permanecía casi siempre en nuestro patio o rondaba por los oscuros rincones y pasadizos de nuestra casa.

Seguramente, todos los vecinos la consideran una pariente cercana o al menos una protegida del chamarilero, aunque estoy convencido de que ninguno de ellos podría ofrecer un motivo para tal suposición.

Quise apartar mis pensamientos de Rosina y miré, a través de la abierta ventana de mi habitación, hacia la calle Hahnpass.

Como si hubiera sentido mi mirada, Aaron Wassertrum dirigió su rostro de improviso hacia mí.

Su rostro rígido y horrible, con ojos de sapo y el labio leporino y entreabierto.

Parecía una araña humana que percibe el más tenue roce en su tela, por más indiferente que pretenda mostrarse.

¿Y de qué podría vivir? ¿En qué piensa y cuál es su intención? Yo no lo sabía.

En las paredes de su cueva cuelgan inalterados, día a día, año tras año, los mismos objetos, muertos y casi sin valor.

Podría dibujarlos con los ojos cerrados: aquí la retorcida trompeta sin llaves y la amarillenta imagen de un grupo compacto de soldados pintada sobre papel.

Y delante, en el suelo, apilado tan apretadamente que nadie puede atravesar el umbral de la cueva, un conjunto de redondas tapaderas de fogón.

Nunca aumentaba o disminuía el número de estos objetos, y si alguna vez se detenía un transeúnte o preguntaba por el precio de alguno de ellos, el chamarilero se irritaba terriblemente.

Levantaba entonces de modo siniestro su labio leporino y farfullaba crispado algo ininteligible en un tono bajo, gutural y tartamudeante que disipaba en el cliente las ganas de seguir preguntando, haciéndole seguir, desalentado, su camino.

La mirada de Aaron Wassertrum se retiró con la rapidez del rayo de mis ojos y descansó con intenso interés en las desnudas paredes de la casa contigua a mi ventana.

¿Qué podía ver ahí?

¡La casa está a espaldas de la calle Hahnpass y sus ventanas miran al patio! Sólo una se abre a la calle.

Casualmente pareció que alguien entraba en ese momento en las habitaciones del edificio que están a la mis-

ma altura que la mía –creo que pertenecen a un ático abuhardillado–, ya que de repente oí a través de la pared una voz masculina y otra femenina hablando entre sí.

¡Pero no era posible que el chamarilero lo percibiera desde abajo!

Alguien se movió ante mi puerta y lo adiviné: es Rosina, que espera, ansiosa, fuera en la oscuridad por si quiero tal vez invitarla a pasar.

Y abajo, en mitad de la escalera, acecha, con la respiración contenida, el imberbe Loisa, picado de viruelas, por si abriera la puerta, y siento físicamente subir hacia mí el hálito de su odio y su rabiosa envidia.

Teme acercarse más y que Rosina lo note. Sabe que depende de Rosina como un lobo hambriento de su guardián y, sin embargo, preferiría saltar y dar rienda suelta a su ira.

Me senté ante mi mesa de trabajo y busqué las pinzas y el buril.

Pero no podía hacer nada, y mi mano no estaba lo suficientemente calmada como para restaurar los finos grabados japoneses.

La vida opaca y sombría que envuelve la casa mantiene apagado mi ánimo y de continuo surgen en mí antiguas imágenes.

Loisa y su hermano gemelo, Jaromir, no tienen un año más que Rosina.

Apenas podía recordar ya a su padre, el hostiero, y ahora, creo, se ocupa de ellos una vieja mujer.

Pero no sabría decir cuál, entre las muchas ancianas que viven ocultas en la casa como sapos en su escondrijo, los cuida.

Ella se ocupa de los dos niños, es decir, les ofrece alojamiento a cambio de entregarle lo que obtengan ocasionalmente robando o mendigando.

¿Si les da también de comer? No lo creo, pues la vieja vuelve muy tarde a casa.

Debe ser limpiadora de cadáveres.

Vi frecuentemente a Loisa, Jaromir y Rosina jugar juntos inocentemente en el patio cuando eran niños.

Pero esa época se ha ido hace mucho.

Ahora, Loisa pasa todo el día detrás de la judía pelirroja.

En ocasiones la busca por todas partes y, si no puede hallarla en ningún lado, se desliza de puntillas junto a mi puerta y aguarda ahí con el rostro descompuesto a que ella regrese a casa.

En esos casos me lo imagino mientras trabajo, acechando fuera en el ángulo del pasillo, con la cabeza inclinada y dejando ver una nuca escuálida.

A veces, un estruendo brutal rompe de improviso el silencio.

Jaromir, que es sordomudo y cuya mente está llena de un ininterrumpido y demente deseo de Rosina, merodea por la casa como un animal salvaje y su aullido inarticulado y plañidero, producto inconsciente de sus celos y recelos, resuena tan lúgubrememente que la sangre se le hiela a uno en las venas.

Busca a los otros dos, que supone siempre juntos –ocultos en alguna de las mil sucias guaridas–, con un furor ciego, azotado por la idea de pisar continuamente los talones a su hermano para así evitar que suceda algo con Rosina sin que él se entere.

Y presentía que precisamente este incesante tormento del tullido estimulaba a Rosina a unirse siempre al otro. Si se debilita esa inclinación o disposición de Rosina, Loisa trama alguna nueva atrocidad para atizar otra vez el deseo de Rosina.

Entonces se dejan ver o descubrir por el sordomudo y le atraen alevosamente tras ellos hacia oscuros pasillos, donde han montado, con roñosos cercos de tonel que saltan de improviso al pisarse y rastrillos de hierro con los dientes hacia arriba, malvadas trampas en las que ha de tropezar y caer sangrando.

De vez en cuando, Rosina inventa por su propia cuenta algo infernal para que el tormento sea mayor.

Entonces modifica de golpe su comportamiento hacia Jaromir y hace como si de repente le agradase.

Con su eterna sonrisa cuenta presurosa al tullido cosas que le producen una excitación casi demente, para lo que se ha inventado un lenguaje aparentemente lleno de secretos y sólo a medias comprensible, que hace que el sordomudo se encuentre irremisiblemente aprisionado en una inextricable red de incertidumbres y ardientes esperanzas.

Cierta vez lo vi en el patio frente a ella, que le hablaba con un movimiento de labios y una desmesura de gestos tan intensos que creí que, en cualquier momento, sucumbiría a su salvaje excitación.

El sudor le caía por la cara a causa del esfuerzo sobrehumano por entender el sentido de lo que se le decía, intencionadamente confuso y precipitado.

Y durante todo el día siguiente estuvo esperando febrilmente en los oscuros escalones de una casa medio derruida en la prolongación del estrecho y sucio callejón de Hahnpass hasta que se le pasó la hora de mendigar un par de reales por las esquinas.

Y cuando quiso volver a casa a altas horas de la noche, medio muerto de hambre y excitación, hacía mucho que su ama había cerrado la puerta.

A través de la pared llegó a mí, desde el ático contiguo, una alegre risa femenina.

¡Una risa! ¿En estas casas una alegre carcajada? En todo el gueto no vive nadie que pueda reír alegremente.

Recordé entonces que hacía unos días el viejo marionetista Zwakh me había confiado que un señor joven y elegante le había alquilado a buen precio el ático —obviamente para reunirse sin ser visto con la elegida de su corazón.

Debieron subir noche a noche, pieza por pieza, el refinado mobiliario del nuevo inquilino para que nadie en la casa notara nada.

El bondadoso anciano se frotaba las manos de gusto cuando me lo contó, disfrutando como un niño por la astucia con la que había conseguido que ningún vecino tuviera la más mínima idea de la presencia de la romántica pareja.

Además, se podía llegar desde tres casas distintas al estudio sin ser visto. ¡Incluso a través de una trampilla había un acceso!

Sí, si se abría la portezuela de hierro en el suelo de la habitación —y era muy fácil desde el otro lado— se podía pasar a mi habitación y, desde ella, a las escaleras de nuestra casa y utilizar esta salida...

De nuevo llega hasta mí la alegre risa y hace surgir el vago recuerdo de una noble familia y una lujosa mansión, a la que me llamaban muy a menudo para hacer pequeñas restauraciones en valiosas antigüedades.

De repente, oigo al otro lado un grito agudo. Escucho asustado.

La trampilla de hierro chirría con fuerza y al instante aparece una dama en mi habitación.

El pelo suelto, blanca como la cal y con un chal brocado sobre los hombros desnudos.

—¡Maestro Pernath, ocúlteme, por el amor de Cristo, no haga ninguna pregunta y ocúlteme aquí!

Antes de que pudiera contestar abrieron de nuevo mi puerta e inmediatamente la cerraron de golpe.

Durante todo un segundo nos sonrió, como una horrenda máscara, la cara del chamarilero Aaron Wassertrum.

Ante mí aparece una mancha redonda y luminosa y a la luz de la luna reconozco nuevamente los pies de mi cama.

Todavía me cubre el sueño como un pesado abrigo de lana y el nombre de Pernath se dibuja en mi recuerdo en letras doradas.

¿Dónde he leído este nombre? ¿Athanasius Pernath?

Yo creo, creo que hace mucho, mucho tiempo, en alguna parte, me equivoqué de sombrero, maravillándome de lo bien que me sentaba, teniendo, como tengo, una forma de cabeza tan particular.

Y miré dentro del sombrero ajeno —y entonces... sí, sí, allí estaba en letras doradas sobre el forro blanco:

ATHANASIVS PERNATH

El sombrero me asustó y me dio miedo, no sabía por qué.

De repente llega hasta mí, como una flecha, la voz que había olvidado y que continuamente quería que le dijera dónde estaba la piedra que parecía un trozo de sebo.

Rápidamente me imagino el agudo perfil con dulce sonrisa irónica de la pelirroja Rosina, y de ese modo consigo desviar la flecha, que se pierde de inmediato en la oscuridad.

Sí, ¡la cara de Rosina! Es más fuerte que el alelado parloteo de su voz; ahora, como permaneceré de nuevo a salvo en mi habitación de la calle Hahnpass, podré estar totalmente tranquilo.

I

Si no me he confundido en la impresión de que alguien sube la escalera detrás de mí a una cierta y constante distancia, con la intención de visitarme, ese alguien debe estar ahora aproximadamente en el último tramo.

Ahora dobla la esquina en la que está la vivienda del archivero Schemajah Hillel y pasa de las gastadas losetas de piedra al pasillo del piso superior, cubierto de ladrillos rojos.

Va palpando a lo largo de la pared, y ahora, justo ahora, debe leer mi nombre sobre el letrero de la puerta, deletreándolo a duras penas en la oscuridad.

Me erguí en el centro de la habitación y miré hacia la entrada.

Entonces se abrió la puerta y él entró.

Dio sólo unos pocos pasos hacia mí, sin quitarse el sombrero ni decir una sola palabra de saludo.

Así se comporta cuando está en su casa, pensé, y me pareció muy natural que así fuera, y no de otra forma.

Metió la mano en el bolsillo y sacó un libro.

Después lo hojeó durante largo rato.

La cubierta del libro era de metal y los bajorrelieves en forma de rosetas y sellos estaban rellenos de color y de pequeñas piedras. Por fin encontró el lugar que buscaba y lo señaló.

El capítulo se titulaba «Ibbur», «la fecundación del alma», según pude descifrar.

La gran inicial, «I», impresa en oro y rojo, ocupaba casi la mitad de la página, que recorrí involuntariamente y que tenía un lado desgarrado.

Yo debía repararla.

La inicial no estaba pegada al pergamino, como había visto hasta entonces en los libros antiguos, sino que más bien parecía estar formada por dos delgadas láminas de oro soldadas en el centro y cuyas dos puntas aprisionaban los márgenes del pergamino.

¿Habría, por tanto, un agujero en la hoja? ¿En el lugar de la inicial?

Y si así era, ¿debería estar la «I» invertida en la otra cara?

Volví la página y vi confirmada mi suposición.

Involuntariamente leí también esta página y la siguiente.

Y seguí leyendo y leyendo.

El libro me hablaba como los sueños, sólo que más clara e inteligiblemente. Y afectaba a mi corazón como una pregunta.

Las palabras fluían de una boca invisible, se volvían vivas y venían hacia mí. Giraban y cambiaban ante mí, como esclavas vestidas de colores, y después caían al suelo o desaparecían como bruma iridiscente en el aire y hacían sitio a la siguiente. Cada una tenía, durante un momento, la esperanza de que yo la eligiera y renunciara a ver la posterior.

Había algunas entre ellas que aparecían ostentosas como pavos, con preciosos vestidos y pasos lentos y medidos.

Otras como reinas, aunque envejecidas y decrépitas, con los párpados pintados –con un gesto de doncella en la boca y cubiertas las arrugas con horribles afeites.

Yo pasaba mi vista sobre ellas hacia la siguiente y mi mirada se deslizaba sobre largas filas de rostros y figuras grises, tan vulgares e inexpresivas que parecía imposible grabarlas en la memoria.

Trajeron entonces a rastras a una mujer, totalmente desnuda e inmensa como un coloso de bronce.

La mujer se paró durante un segundo ante mí y se inclinó.

Sus pestañas eran tan largas como todo mi cuerpo y señaló, muda, el pulso de su mano izquierda.

Latía como un terremoto y sentí que en ella estaba la vida de un mundo entero.

De la lejanía vino perezosamente una procesión de coribantes.

Un hombre y una mujer se abrazaron. Los vi venir desde lejos; el fragor de la fila era cada vez más cercano.

Oí entonces la vibrante canción de los que estaban en éxtasis muy próxima y mis ojos buscaron a la pareja abrazada.

Pero ésta se había convertido en una sola figura y estaba sentada, la mitad masculina, la mitad femenina –un hermafrodita–, en un trono de nácar.

Y la corona del hermafrodita terminaba en una tablilla de madera roja, en la que el gusano de la destrucción había roído misteriosas runas.

Detrás, envuelto en una nube de polvo, se acercaba trotando veloz un rebaño de ovejas pequeñas y ciegas: los animales que, como alimento, llevaba el gigantesco andrógino en su séquito para mantener a su grupo de coribantes.

A veces, entre las figuras que surgían de la invisible boca, había algunas que provenían de tumbas –un paño cubriéndoles la cara.

Y se paraban ante mí y dejaban caer bruscamente sus velos y miraban fijamente con ojos rapaces mi corazón, de tal forma que un terror helado me subía a la cabeza y la sangre se me estancaba como un río ante rocas caídas de improviso en su cauce.

Una mujer pasó volando ante mí. No vi su semblante, pues ella lo retiró; llevaba un abrigo de lágrimas que fluían y se derramaban. Hileras de máscaras pasaban bailando y riendo sin preocuparse de mí.

Sólo un *pierrrot* mira hacia atrás, pensativo, y regresa. Se planta ante mí y se mira en mi cara como si fuera un espejo.

Hace muecas tan singulares, levantando y moviendo los brazos –unas veces con lentitud, otras con la rapidez del rayo–, que se apodera de mí un fantasmagórico deseo de imitarle, de guiñar los ojos como él, encoger los hombros y torcer la boca.

Pero otras figuras que vienen detrás le apartan impacientes, pues todas quieren que yo las vea.

Sin embargo, ninguno de estos seres tiene consistencia.

Son perlas resbaladizas, ensartadas en un hilo de seda, notas aisladas de una melodía que fluyen de la boca invisible.

Ya no era un libro lo que me hablaba. Era una voz. Una voz que quería algo de mí que yo no comprendía, por mucho que me esforzara. Que me atormentaba con preguntas ardientes e incomprensibles.

Pero la voz que pronunciaba estas palabras visibles era una voz muerta y sin eco.

Todo sonido del mundo presente tiene muchos ecos, al igual que cualquier objeto tiene una sombra grande y otras pequeñas, pero esta voz ya no tiene eco alguno –hace ya mucho, mucho tiempo que se han apagado y disipado.

Había leído el libro hasta el final, y todavía lo tenía entre las manos, cuando tuve la sensación de que había estado hojeando en mi cerebro y no en sus páginas.

Todo lo que me había dicho la voz lo había llevado desde que nací dentro de mí, sólo que había estado velado y olvidado y se había mantenido oculto a mi pensamiento, hasta hoy.

Alcé la vista.

¿Dónde estaba el hombre que me había traído el libro?

¿Se habría ido?!

¿Lo recogería cuando hubiese acabado?

¿O se lo debería llevar?

Pero no podía acordarme de que hubiera dicho dónde vivía.

Quise recordar su aspecto, pero no lo conseguí.

¿Cómo iba vestido? ¿Era viejo o joven? ¿De qué color eran su cabello, su barba?

Nada, ya no me acordaba de nada. Todas las imágenes que me creaba de él se deshacían, inconsistentes, antes de poder construirlas en mi mente.

Cerré los ojos y apreté la mano contra los párpados para atrapar aunque sólo fuera una mínima parte de su imagen.

Nada, nada.

Me coloqué en mitad de la habitación y miré hacia la puerta, como había hecho antes, cuando él vino, e imaginé: Ahora dobla la esquina, ahora camina sobre el suelo enladrillado, ahora está leyendo fuera el letrero de mi puerta: «Athanasius Pernath», y ahora entra. En vano.

Ni el más tenue rastro del recuerdo de su figura quiso despertarse en mí.

Vi el libro sobre la mesa y deseé hallar en mi pensamiento la mano que lo había sacado del bolsillo y me lo había alcanzado.

No podía acordarme siquiera de si llevaba guantes o no, si era joven o arrugada, si llevaba o no sortijas.

De repente tuve una idea extraña.

Era como una inspiración a la que no puede uno oponerse.

Me puse el abrigo y el sombrero, salí al pasillo y bajé la escalera. Entonces volví lentamente a mi cuarto.

Despacio, muy despacio, como había venido él. Y cuando abrí la puerta vi que mi habitación estaba en total oscuridad. Pero ¿no era aún pleno día, cuando salí?

¡Cuánto tiempo debí permanecer fuera meditando que no noté lo tarde que era!

E intenté imitar al desconocido, su paso y sus gestos, y sin embargo, no lo podía recordar.

¡Cómo iba a conseguir imitarlo si no tenía ya el más mínimo indicio de qué aspecto tenía!

Pero todo fue distinto. Muy distinto de lo que había pensado.

Mi piel, mis músculos, mi cuerpo recordaron de repente sin comunicárselo al cerebro. Hacían movimientos que ni me proponía ni deseaba. ¡Como si mis miembros ya no me pertenecieran!

De golpe, al dar unos cuantos pasos en la habitación, mis andares se habían vuelto extraños y vacilantes.

Éste es el paso de un hombre que constantemente está a punto de caer hacia delante, me dije.

Sí, sí, sí, ¡así era su paso!

Lo supe claramente: así es.

Yo tenía una cara extraña, afeitada y con barbilla pronunciada, y miraba desde unos ojos rasgados.

Lo sentía y, sin embargo, no podía verme.